

OPOSITORES Y OPOSICIÓN

Víctor Meza

En apenas dos meses, los partidos de oposición en Honduras han emitido dos Declaraciones de Unidad, la del 22 de diciembre, también conocida como la Declaración de Toncontín, y la más reciente, la del pasado día 24 de febrero. Sin embargo, en el mismo periodo, sólo han dado una manifestación real de su fuerza política, la que se produjo el día 24 de enero recién pasado cuando impidieron que el gobierno – y más concretamente, el gobernante – se salieran con la suya y le otorgaran rango constitucional a la Policía Militar de Orden Público. Es un buen comienzo y una señal estimulante de que, por fin, los simples opositores han decidido convertirse en oposición. Ya era tiempo.

La unidad de la oposición, sin que importen mucho sus titubeos iniciales y la limitación sectorial de sus coincidencias y demandas, es un avance importante, al menos en dos ámbitos muy concretos: en el fortalecimiento del libre juego democrático en el escenario político, por un lado, y en el rechazo a pretensiones continuistas que atentan contra la libre alternancia en el ejercicio del poder público, por el otro. Ambos pasos, en esencia, son un espaldarazo a la construcción democrática y a la promoción de una nueva ciudadanía, más plural y activa, en nuestro país.

La conformación de la alianza opositora ha hecho sonar las alarmas en el seno del viejo bipartidismo reciclado, pero especialmente en las cúpulas del partido gobernante y en la élite ultraconservadora que, lamentablemente, todavía tiene mucha influencia en las filas liberales. Son los viejos “estrategas de la derrota” que se resisten a ver un Partido Liberal renovado y desafiante ante el talante dictatorial del gobierno actual. Son las élites del atraso, que se niegan con porfía ultramontana a dejar libres los espacios para un nuevo liderazgo emergente, más fresco y democrático, más a tono con los tiempos modernos y con la nueva dinámica política de la sociedad hondureña.

La fuerza de la alianza opositora dependerá en mucho de la habilidad de sus patrocinadores para articular estrategias y tácticas comunes en los puntos más sensibles de la agenda política nacional. Temas tales como la remilitarización del sector seguridad o la reforma electoral, el debate sobre la reelección presidencial, la segunda vuelta electoral o la reestructuración de los órganos encargados de gestionar el proceso electoral, así como el estilo autoritario cerril impuesto por la actual Junta Directiva en el funcionamiento del Congreso Nacional, son asuntos que deben, entre otros, ser ampliamente discutidos y democráticamente consensuados al interior de la nueva alianza política.

La vitalidad y permanencia de esta alianza descansan también en la flexibilidad y tolerancia de sus dirigentes. En una plataforma de unidad hay que estar dispuesto siempre a la discusión franca y abierta, entendiendo que toda negociación política es un entramado dialéctico de avances y concesiones, de flexibilidad y coherencia doctrinaria. La tendencia a imponer nuestros puntos de vista o a creer que la verdad está depositada únicamente en nuestras manos, no es algo que ayudará mucho en la construcción de consensos básicos y en la concertación de acuerdos mínimos. Los actores y aliados

deben actuar con mirada de faro, pensando siempre en los objetivos estratégicos de mediano y largo plazo, pero conservando la habilidad de construir y lograr objetivos de plazo corto. Sólo así podrán darle aliento permanente a su esfuerzo de unidad y salir airoso de las trampas, zancadillas y tentaciones que les ponen y pondrán las viejas élites conservadoras del bipartidismo reciclado.

Y no hay que temer a los traidores y desertores que sucumben a la dulce tentación de las canchales y privilegios que el poder sabe distribuir entre los espíritus débiles. Lo mejor que se puede hacer ante ellos, es aprender la lección que se desprende de su ignominia y cambiar sustancialmente los métodos tradicionales de escogencia y selección de los candidatos a alcaldes y diputados en los nuevos partidos políticos. Hay que ser más selectivos y, por supuesto, más rigurosos y democráticos al momento de delegar las responsabilidades y honrar con candidaturas a las personas que realmente las merecen. Todo sea en beneficio de mejorar la calidad de nuestra maltratada democracia, tanto en el sistema de partidos como en el sistema político en su conjunto.